

pinta el numen tu infancia.

Cuenta cómo creciendo, cual la palma  
de un arroyo á la orilla,  
gozando siempre de apacible calma,  
fué tu beldad sencilla.

Afina más el Dios el instrumento,  
y alaba, de una en una,  
las prendas relevantes que sin cuento  
en tí natura aduna.

Ni omite tus conquistas y despojos:  
él vé de mil el lloro.

¡Cuántos ayes, causados por tus ojos,  
resuena el laúd sonoro!

¡Ah! vive, vive (Apolo terminaba),  
de Anáhuac pura gloria,  
ni el tiempo raudo por quien todo acaba  
destruya tu memoria;

Que descuelle entre todas tu hermosura,  
como el ciprés erguido  
aventaja de un bosque en la espesura  
al árbol más subido:

Vuele siempre sonrisa placentera  
en torno de tu labio;  
y el pesar congojoso jamás quiera  
causarte leve agravio:

Torne la esfera, en su eje sustentada,  
y tráigase el momento  
que tu alma pura dejará abastada  
de plácido contento;

Cuando por premio de su fe constante,  
un yugo duradero  
te una con Palemón, tu tierno amante,  
tu adorador sincero.

Cesó de su cantar el Dios contento;  
de más luz ornó el día:  
todo te alaba, y Palemón, atento,  
á todos excedía.

## ELEGIAS.

### I.

A la muerte del Sr. Senador D. José Agustín Paz.

*Integer vitae, scelerisque purus.*

HORACIO.

¡Con que ya para siempre nos separa  
el golpe fiero de alevosa muerte,  
que supo herirte sin mostrar la cara!

¡Con que de hoy más no he de volver á verte,  
mi dulce amigo, siempre compañero  
en venturosa y desgraciada suerte!

¡Oh decreto fatal! ¡oh golpe fiero,  
irremediable mal, nunca temido,  
y caso para todos lastimero!

¡Ah! ¿para qué le habréis sobrevivido,  
y redoblando el mal que el alma lleva,  
os presentáis do quier á mi sentido,  
memorias tristes, de su afecto prueba?  
No sois para acabarme necesarias;  
mi dolor sin vosotras se renueva.

Grata arboleda, que por veces varias  
frescor al que ya no es y sombra diste,  
y las pláticas suaves y plegarias,  
dirigidas al cielo, nos oíste,  
por el bien de una patria idolatrada,  
tú me acompaña en mi gemido triste  
y al derramar el alma desolada.

¡Ah! deja, deja ese verdor hojoso,  
que resguarda la fruta sazónada,  
volar al soplo de Aquilón furioso.

Tórnate árida más, seca y horrible  
 que en fines el Invierno congojoso,  
 el nido de tus aves sea visible;  
 ni estorbes que de Febo el rayo ardiente  
 seque, abrase, consuma irresistible  
 las plantas y ganados juntamente.  
 ¡Oh Paz, mi caro, mi mejor amigo!  
 ¿Por qué ha de haber, tú muerto, quien aliente  
 y quien de mal tan grande sea testigo?  
 Perezca todo en tan aciago día,  
 y acabe presto mi dolor conmigo.

¡Patria infelice, cara patria mía!  
 Llanto sin fin y sin consuelo vierte,  
 pues, tras de tantos males, todavía  
 nos reservaba el cielo otro más fuerte,  
 de indignación en sus tesoros llenos:  
 á un solo golpe nos privó la muerte  
 del apoyo más firme de los buenos,  
 de tu defensa, gloria y ornamento;  
 desvivido por darte días serenos  
 y mitigar tus cuitas y lamento.  
 A haber sido variables tus destinos,  
 ni Paz yaciera sin vital aliento,  
 y sus esfuerzos sabios y continos  
 al fin cerraran tus profundas llagas  
 y sembraran de rosas tus caminos.

¿Dónde huyes, caro amigo? nuestras plagas  
 aumentará tu sempiterna ausencia:  
 ¿y por qué nuestro amor con ella pagas?

¡Cuando está más en riesgo la inocencia  
 y acrece más la cólera del cielo  
 nos privas de tu vista y asistencia!

Tú fuiste siempre en la aflicción consuelo,  
 resumen de las cívicas virtudes,  
 de patriotismo sin igual modelo.

No, ni la misma muerte hará que mudes

ese carácter firme, sin segundo,  
 que admiró el suelo, de quien ya sacudes  
 el leve polvo que volara inmundo  
 en torno, sin manchar esa alma pura,  
 en tu carrera por el bajo mundo.

Breves, y llenos siempre de amargura  
 fueron los días que abrazará tu historia;  
 para mayor honor, en cuna oscura  
 tejidos. No en olvido la memoria  
 se hundirá de tus hechos singulares,  
 y más que el tiempo durará tu gloria.

Hora, virtuoso Paz, libre de azares  
 pisas el estrellado firmamento;  
 de luz ornado entre los patrios lares,  
 tomas el áureo merecido asiento.

¿En qué planeta, caro amigo, moras,  
 para seguir su raudo movimiento  
 de cada noche en las pesadas horas,  
 buscándote con ojo cuidadoso,  
 con ansia é inquietud devoradoras?

¡Tú, ya inmutable y siempre venturoso,  
 y míseros, sin tí, los mexicanos....!  
 ¡Funesto porvenir....! Hado espantoso,  
 depón el fuego y fierro de las manos;  
 respeta las cenizas de este justo,  
 y sálvense en su tumba sus hermanos....

Todo es al ojo horror, al pecho susto....  
 De tí me abrazo, negro mármol frío,  
 que cubres nuestro bien y nuestro gusto;  
 diariamente amoroso el labio mío  
 en tí se imprimirá; con tierno llanto  
 te regaré, y en dulce desvarío  
 procuraré bajar del cielo santo  
 la divina alma que animó esos restos,  
 único alivio en desconsuelo tanto.

Labios, á la maldad siempre funestos,

yacéis agora cárdenos y mudos,  
con los candados del silencio puestos:  
jamás cerraros los amagos rudos  
pudieron del poder entronizado,  
ni embotar dardos contra el vicio agudos.

¿Dó está agora el valor, nunca domado,  
y en el riesgo mayor con menos miedo?  
¿Dónde aquel noble espíritu, probado,  
inflexible en el bien, encontrar puedo?  
¿Dó la entereza con que adverso caso,  
del próspero á la par, recibías ledo?  
¿Quién á tu heroísmo le ha cortado el paso?  
¡Ah! lo perdimos todo en un día solo:  
se hundió el astro fulgente en el Ocaso.

Domine oscuridad de uno á otro polo  
y al caos antiguo torne la natura.  
Deje los huracanes libre Eolo  
y todo lo confundan. La tristura  
devore cuanto habita so la tierra,  
convirtiéndola en vasta sepultura.

Vague feroz el monstruo de la guerra  
devastando los pueblos y ciudades  
que valle abruma ó fragosa sierra  
y dan abrigo á malos y maldades.  
Todo te sea en la muerte compañero:  
reine tu huesa en tristes soledades.

¿Me escuchas aún, amigo verdadero,  
y todavía de nuestros males curas?  
¿Melancolizan aún tu pecho entero  
del hombre los errores y locuras?  
¿De esta patria infeliz que tú adorabas,  
te conducen el duelo y amarguras?

Pues ¿por qué, compasivo, no recabas  
del Sér Eterno, en cuyo seno habitas  
(feliz eternidad por que anhelabas),  
que ponga fin á nuestras duras cuitas,

y, cesando tan áspero castigo,  
recuerde sus bondades infinitas?

Hijo de Anáhuac, su mejor amigo  
fuiste, durante tu mortal carrera,  
terrible á sus contrarios enemigo:

hora de tí mayor servicio espera;  
que la divina paz le envíes del cielo,  
á tanto grave mal cura certera.

Baje otra vez por tí, baje á este suelo,  
teatro de tu virtud y fortaleza,  
el amor fraternal que ahuyente el duelo  
y endulce de los males la aspereza.  
Lo harás. Y mientras duermes venturoso,  
honor de la humanal naturaleza,

en torno á tu sepulcro silencioso  
las bellas artes, cuya gloria fuiste,  
y que elevó tu genio prodigioso,  
se agolpan todas con respeto triste,  
suelto el cabello, destrozado el manto  
y sacro velo; claman: ¡Ya no existe!  
y el rostro inundan con amargo llanto.  
Y luego de la patria los conceptos  
en mármol graban, por divino encanto,  
ejecutando fieles sus preceptos.

#### Epitafio.

Del hombre más virtuoso la ceniza  
aqueste duro mármol cubre avaro,  
y aquí de Paz el nombre siempre caro  
el llanto de su patria inmortaliza.

#### Otro.

Siempre opuso al peligro pecho inerme;  
jamás de la virtud dejó el sendero.  
No sigas adelante, pasajero,  
sin acatar al justo que aquí duerme.

## ODAS RELIGIOSAS.

## VIII.

## A San Vicente de Paul.

Baje rápido rayo y pulverice  
 los mármoles y bronce embusteros  
 en que el necio eternice  
 venganzas, odios, iras de guerreros,  
 que humanidad maldice;  
 y Noto esparza el polvo de manera  
 que un átomo jamás á otro se adhiera.

Héroes los llama adulación mezquina,  
 en la que se trasforma torpe miedo,  
 siendo de ira divina  
 el terrible instrumento, fuerte dedo  
 que lleva la ruina  
 adonde el crimen y humanal demencia  
 al fin de Dios cansaron la clemencia.

Fieras son y serán devastadoras  
 que al estallido del cañón y al tajo  
 de espadas cortadoras,  
 siglos de afán, sudores y trabajo  
 desaparecen en horas;  
 y en escombros y vastas soledades  
 transforman muros, templos y ciudades.

Así saña infantil derriba el nido  
 que al diligente avión costó mil vuelos:  
 festéjalo esparcido

en míseros fragmentos por los suelos:  
 ríe del ave al gemido,  
 y al verla cómo ronda el yermo techo  
 donde estaban su prole, casa y lecho.

El infinito Sér no se complace  
 en arruinar las obras de sus manos.  
 Cuando ostentar le place  
 de su poder la fuerza y los arcanos,  
 hechuras no deshace,  
 mas, llamando á la nada, ser la ordena,  
 y la creación de vida y bienes llena.

No es de Jehová la imagen verdadera  
 el hombre causador de pena y llanto,  
 que en faz dura y severa  
 ve de los otros hombres el quebranto,  
 sino el que vida entera  
 consagra á remediar ajenos males,  
 venturosos haciendo á sus iguales.

Venid, pueblos, á ver; vén, mundo entero,  
 de la inmensa bondad la imagen bella,  
 el tipo de un guerrero  
 solo digno de amor; pues por la huella  
 del divino Cordero,  
 ataca, vence, y en destruir se afana  
 las formas mil de la miseria humana.

No so el cañón que entraña muerte y lloro,  
 ó banderas con sangre salpicadas,  
 mas de purísimo oro  
 y de luz, dentro de orlas fabricadas,  
 leerán, en almo coro,  
 los arcángeles y hombres juntamente,  
 el siempre dulce nombre de Vicente.

De caridad empuña el estandarte,  
y las huestes seráficas convoca  
de Puy, glorioso Marte;  
y desplegando la divina boca,  
el fuego celestial con ellas parte:  
el mal perseguir juran incansables  
donde quiera que encuentren miserables.

Fieras, más que las fieras alimañas,  
blandas al crimen y á su fruto duras.  
De inflexibles entrañas,  
para quienes de madre las ternuras  
del todo son extrañas;  
abandonad, infames delincuentes,  
del delito los frutos inocentes.

Si el seno maternal les niega abrigo  
y los entrega en brazos de la muerte,  
los llevará consigo  
Vicente, á brazos de un amor más fuerte,  
donde calor amigo,  
alimento hallarán, dulce terneza,  
que reemplace la bárbara fiereza.

Una generación que ya perdida  
y al Limbo destinada creía el suelo,  
crece en vigor y vida:  
á la patria, del héroe por el celo,  
y al cielo restituida;  
y será gloria de ambos algún día  
la que de vientre á tumba pasaría.

Tristes suspiros, ayes y quejidos,  
nuncios del padecer, música horrible,  
suenan ya en los oídos  
de los hijos de Paul, del invencible,  
que ven apercebidos

contra del hombre, en escuadrones ciento,  
hambres, enfermedad, males sin cuento.

«Soldados de la eterna Providencia.  
A ellos, sús, sin temor, clama Vicente.  
Salvemos la existencia,  
ó endulcemos la suerte del paciente.  
La divina clemencia  
sostendrá nuestro brazo en los combates  
y á nuestro esfuerzo añadirá quilates.»

Dijo, y ataca en el instante mismo.  
Allá fabrican vastos hospitales,  
á donde el cristianismo  
lleva vigiliás, dones y caudales,  
sin nombre ni guarismo,  
hospicios acullá brotan del suelo:  
do quier abrigos al humano duelo.

La hambre, de ojos hundidos, macilenta,  
abrigadora madre de mil vicios,  
no bien Vicente ostenta  
su mano, manantial de beneficios,  
que el cielo siempre aumenta,  
suelta las presas que afianzó rabiosa  
y acoge la abundancia cariñosa.

El arrimo de manos virginales  
que aplican vida donde había dolencia,  
ceden luego los males  
y de las Parcas la dañina influencia,  
con vistas celestiales  
á los que han de morir así consuelan,  
que en calma expiran, y al Empíreo vuelan.

A la vista del águila altanera,  
cabe el Sol, en sus alas sostenida,

en vano, en vano espera  
ocultarse la presa apetecida:  
á ella vendrá ligera.  
Vicente, así, descubre la miseria  
do quier, y la hace de su afán materia.

Hijo del Dios de amor, representaste  
su inefable bondad sobre la tierra,  
donde siempre triunfaste  
de los males que al hombre hacen la guerra:  
á tus hijos dejaste  
tu ardiente caridad; y desde el cielo  
de enviar no cesas bienes y consuelo.

---

ODAS FILOSOFICAS.

---

I.

A la Luna en tiempo de discordias civiles.

¡Con qué silencio y majestad caminas  
por miles de luceros cortejada,  
súbditos que dominas,  
ornato augusto de la noche helada!

Ellos acatan tu beldad fulgente  
desque en carro de nácar y de plata  
asoma en el Oriente,  
consuelo al triste y al virtuoso grata;

y extáticos te siguen por la inmensa  
bóveda del santuario del Eterno,  
do la oración intensa  
del justo perseguido escucha tierno.

Con ellos te saludo, almo destello  
de la luz perennal, fija la mente  
y ojo absorto en tu cuello,  
y en esa ebúrnea majestuosa frente,

de donde luz gratísima difundes  
por la inmensa creación desfallecida,  
con que sopor le infundes,  
seguro germen de repuesta vida.

A tu argentada luz sus presas cede  
que otra vez le arrancó, mal de su grado,  
voz que todo lo puede,  
y pensaba engullir el menguado.

Duermen los montes, y en sus grutas hondas  
duermen los vientos y el horrible trueno;  
duermen del mar las ondas,  
y Leviatán, y monstruos de su seno.

Hace pausa la vida de los seres  
que engrandecen al orbe; tu beleño  
embarga sus poderes  
con ligaduras de apacible sueño.

¡Alto silencio, interrumpido apenas  
por piés del gamo que ni toca el suelo,  
y las hojas serenas  
recorriendo Favonio en blando vuelo,

salud, oh dón de la triforme diosa,  
que descienes al pecho trabajado

en vida congojosa,  
nido revuelto del mortal cuidado,

del temer y esperar sin fin ni tino,  
y de allí lanzas el aciago susto;  
pues ya el néctar divino  
de la quietud á tu presencia gusto!

Tú avanzas ¡oh belleza majestuosa!  
recorriendo la bóveda azulada,  
ufana, cual la esposa  
que del lecho nupcial sale adornada.

Te rinden homenaje cielo y tierra;  
y la sombra huye sin saber adonde:  
ya tras fragosa sierra,  
ya en la lejana nube se te esconde,

plegando el manto más y más, medrosa;  
mas tú incansable, en sólita carrera,  
por siempre victoriosa,  
no le das tregua y lanzas de doquiera.

Todo es calma y dulzor. ¿Y el hombre..? ¡Oh,  
Huye veloz del tachonado cielo; [Luna!  
tu luz le es importuna;  
y á la maldad consagra su desvelo.

No alumbres, no, los crímenes atroces  
que unos contra otros sin cesar maquinan:  
mutuamente feroces,  
al dolor y á la muerte se destinan.

O víctimas ó cómplices furiosos,  
busca tan sólo el hombre en sus hermanos.  
Con ojos sanguinosos  
en el vagar amenazante insanos.

Ora ¡oh dolor! en hórridas reuniones,  
astutos para el mal, el mal sazonan;  
preparan combustiones,  
amasan el penar, y más se enconan.

Allí la seducción la venda teje  
que del incauto oprimirá los ojos.  
Y mirar no le deje  
sino fantasmas, ocasión de enojos.

La atroz calumnia, el venenoso aliento,  
y los densos vapores de allí lanza  
contra famas sin cuento,  
y mancilla y marchita cuanto alcanza.

En grupos parten desconfianza y celos,  
y las discordias en su pos siguieran:  
padres, hijos, abuelos,  
romperán lazos que antes los unieran.

No habrá mérito ya, virtud segura;  
todo se ataca, todo se atropella  
con mano y lengua impura.  
Impudente maldad todo lo huella.

La patria del placer y la abundancia  
ya es del horror y crímenes guarida,  
y tenebrosa estancia  
donde la rabia carnífera anida.

¡Y es á tu nombre, oh patria idolatrada,  
que los malvados fraguan tantos daños,  
con los que destrozada  
aparezcas, é infame á los extraños!

¿Qué mal has hecho á tus rabiosos hijos  
que así desgarran el materno seno,

y sólo en dañar fijos,  
gustado apenas, les había lo bueno....?

Las antiguas heridas aún gotean,  
y abrirte quieren nuevas, insanables,  
los que amarte vocean,  
hipócritas, perversos, detestables!

¡Qué porvenir te labran tan funesto  
y tan discorde de tu bella aurora....!  
¿Doblará el cuello enhiesto  
la que del orbe se vería señora....?

¿Paz, dulce paz, de nuestro triste suelo  
para nunca volver te habrás marchado;  
y el fervoroso anhelo  
del patriota veraz será frustrado?

¿No ha de haber ya justicia so la tierra,  
ni quien vindique hollados sus derechos?  
¿siempre amagos de guerra  
mantendrán yermos nuestros caros lechos?

Si así ha de ser ¡oh Luna! cede el puesto,  
y haz al Ocaso de tu lumbre dueño:  
fine mi vida presto;  
cierre mis ojos el eterno sueño.

---

ODAS HEROICAS

---

III

A la heroica salida del Benemérito General José  
María Morelos por entre el ejército sitiador  
de Cautla Amilpas.

Insólito calor mi pecho inflama:  
siento en el alma desusado brío:  
con imperiosa voz la cara patria  
cantar me manda sus heroicos hijos,  
y el divino valor, y el arte sumo  
con que á sus sanguinarios enemigos  
en lid tan desigual vencer supieron,  
legando asombro á los futuros siglos.  
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,  
madre del sueño y del sabroso olvido,  
que la creación reparas descaecida,  
y eres á la fatiga único alivio!  
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen,  
bajo tu cetro de ébano, adormidos,  
el hombre solo, con el ojo atento  
persigue al hombre, ni el menor resquicio  
de esperanza y de bien dejarle quieren  
su mortal rabia y odio vengativo!  
¡Oh noche! torna los brillantes ojos  
al desolado Anáhuac, mira el sitio  
do un puñado de bravos invencibles  
resiste del Averno el poderío;  
cansa miles de crueles, y supera  
su furor, sus ardides y sus tiros,